

CAPITULO VIII.

Vuelve á Paris el baron de Saillard despues de haber desempeñado su mision en Méjico.—Anuncia el Monitor de Paris el orden con que se retirarian de Méjico las tropas francesas.—Número de tropas francesas que habia en Méjico.—Llega á Paris D. José Hidalgo.—Calumnias que contra él se escribieron respecto de los motivos de su renuncia á la legacion.—Envía Maximiliano al general Almonte á Paris con un proyecto de tratado.—Accion de guerra en la villa denominada Concordia, contraria al general republicano D. Ramon Corona.—Mal estado de la hacienda.—Es derrotado el general republicano Garcia Morales en Hermosilla.—Sufre un nuevo descalabro el general republicano Corona.—Protesta del ministro norte-americano en Viena contra el reclutamiento de austriacos para el ejército de Méjico.—Da orden el gobierno austriaco de que no salga la legion austriaca para Méjico.—Informe presentado por Lacunza á Maximiliano sobre hacienda.—Errores en que incurre Lacunza en ese informe.—Ofrece el general Santa-Anna sus servicios á D. Benito Juarez para derrotar el imperio.—Protesta del Club Mejicano en Nueva-York contra Santa-Anna.—Dura contestacion del ministro de D. Benito Juarez, cerca del gobierno de Washington á una carta de Santa-Anna.—Trabaja Santa-Anna en alcanzar el auxilio del gabinete de Washington para combatir contra el imperio.—Varias cartas de Santa-Anna cuando ofreció sus servicios al imperio.—Cartas de D. Guillermo Prieto manifestando el derecho del general D. Jesús Gonzalez Ortega á la presidencia.—Publica Santa-Anna en los Estados-Unidos en favor de la república y contra el imperio establecido en Méjico.—Otra carta de D. Guillermo Prieto en favor de los derechos de Ortega á la presidencia.—Acciones de guerra en Tancitaro, Peyula, Xichú y Zacapo favorables á los imperialistas.—Varios hechos de armas en Sonora contrarios á los republicanos.—Presentacion del general republicano Don Ignacio B. Alatorre al imperio.—Señala Maximiliano una pension á la viuda del general republicano Zaragoza.—Derrota el general republicano D. Mariano Escobedo á los imperialistas.—Capitulacion de Mejía en Matamoros.—Contestacion del gobierno francés á la mision confiada al general Almonte.—Indignacion que produjo en Maximiliano esa contestacion y las terribles condiciones que Napoleon le ponía en ella.

1866.

Abril, Mayo y Junio.

1866. Habiendo desempeñado el baron de Saillard
Abril. la mision que llevó á Méjico de arreglar con Maximiliano los asuntos pendientes entre su gobierno y el de Napoleon, á fin de que este pudiera anunciar ofi-

cialmente la retirada de sus tropas, llegó á Paris el 4 de Abril. En el mismo día fué recibido por el emperador de los franceses. En la entrevista expuso el baron de Saillard todo lo practicado en Méjico con el gobierno de Maximiliano; y al día siguiente anunció el *Monitor*, periódico oficial de Napoleon, que en virtud de las negociaciones realizadas en la corte mejicana por el baron de Saillard, el emperador Napoleon habia resuelto que el regreso de las tropas expedicionarias empezase en Noviembre de aquel año de 1866, en tres divisiones; la primera de las cuales saldria en el expresado mes de Noviembre, la segunda en Marzo de 1867, y la tercera en Noviembre del mismo año de 1867.

Constaba el ejército francés que se hallaba en Méjico á las órdenes del mariscal Bazaine de dos divisiones de infantería y una brigada de caballería, con artillería y los servicios administrativos correspondientes. Las dos divisiones de infantería estaban mandadas, una por el general Castagny y la otra por el general Douay, siendo los jefes de brigada los generales Aymard, Neigre, Brincourt y Manssian. La artillería la mandaba el general Courtois; y la caballería estaba á las órdenes del general Lascoury. Todas las fuerzas ascendían á cosa de veintiseis mil hombres, divididas en veintin batallones, trece escuadrones de caballería y nueve baterías.

Dos días despues de haberse publicado en el *Monitor* las tres fechas en que saldrian de Méjico las tropas expedicionarias francesas, llegó tambien á Paris, el 7 de Abril, D. José Hidalgo, despues de una feliz navegacion. Separado completamente de los negocios políticos, poco satis-

1866. fecho de la marcha que había emprendido el
 Abril. emperador Maximiliano y con pocas esperanzas de que se consolidase el imperio, se retiró á la vida privada. Al ver que había renunciado á la legacion de Méjico en Francia y que volvía sin haber querido admitir ningun cargo del gobierno imperial, á quien había servido siempre con la mayor lealtad y desinterés, le instaron personas respetables á que refiriese lo que le había pasado en su patria con Maximiliano. D. José Hidalgo, no queriendo contribuir á que se colocase en mal lugar á su soberano, guardó la más completa reserva, no obstante considerarse ofendido por Su Majestad. No correspondió el emperador Maximiliano á esa conducta noble de su ex-ministro. Todo lo contrario. Mal aconsejado por algunos de los hombres que le rodeaban, permitió que se escribieran cartas á diversas personas de París y de otras capitales de Europa, en las cuales se hacían falsas aserciones respecto de la renuncia hecha por Hidalgo. El objeto de Maximiliano al observar esa conducta era desprestigiar á los que dejaban su servicio por no estar conformes con su política, en las cortes en que habían desempeñado el puesto de representantes de la nacion. Afortunadamente, para D. José Hidalgo, su reputacion estaba sólidamente asentada en la buena sociedad francesa y madrileña, y las cartas produjeron un sentimiento de indignacion contra sus autores. Pero no sólo se escribieron cartas con el objeto de manchar el buen nombre del expresado ex-ministro, sinó que se publicó además un artículo en los periódicos franceses, presentando como causas de la renuncia del señor Hidalgo, cosas poco lisonjeras para éste, desnaturali-

zando completamente la verdad. Ese artículo había sido confeccionado en Méjico, en el *Gabinete particular* del emperador, donde el que había renunciado tenía bastantes

1866. enemigos, y enviado al abate Domenech que
 Abril. por orden de Maximiliano se había establecido en París, para hacer publicar lo que se le enviase respecto de Méjico. No era ciertamente muy digna de un sacerdote la mision de hacer publicar todo lo que se le enviase en elogio de Maximiliano, aun cuando fuese á costa de la honra de los que se separaban de su servicio, por causas que juzgaban justas.

El soberano de Méjico, interesado en lograr que el gobierno francés no retirara su ejército hasta no hallarse pacificado completamente el país y reconocido su gobierno por el de los Estados-Unidos, dispuso que el general don Juan Nepomuceno Almonte marchase á la córte de Francia, esperando que él conseguiría de Napoleon lo que se anhela alcanzar. El *Diario del Imperio*, dando á conocer este nombramiento, decía: «Su Majestad el emperador ha tenido á bien disponer que el Excmo. Sr. general de division D. Juan N. Almonte, gran mariscal de la Córte, marche á París á desempeñar una mision especial y fungir allí como ministro cerca del gobierno de Su Majestad el emperador Napoleon. La parte importante que el general Almonte ha tomado en la intervencion y los elevados cargos que ha desempeñado, no podrán ménos que influir en fortalecer las relaciones que ya existen entre los dos gobiernos.»

Maximiliano dió al general Almonte un proyecto de tratado secreto que sustituyera á la convencion de Mira-

mar. En ese proyecto se pedía que permaneciesen tres años más las tropas expedicionarias francesas en Méjico, y que al terminar ese plazo dejaran allí todo su material de guerra, despues de evaluado. Se decía que la deuda contraída con el gobierno francés por el gasto de su ejército, se pagaría dando anualmente veinticinco millones de francos, esto es, cinco millones de duros, desde que el tesoro mejicano pudiera hacerlo; y se arreglaba tambien el modo con que ambos ejércitos habian de perseguir á las partidas, pues se decía que no había centros de tropas republicanas organizadas. Respecto del ejército imperialista mejicano, no había de recibir órdenes sinó de Maximiliano directamente; á los oficiales franceses se les había

1866. de permitir que sirvieran en el ejército mejicano dándoles uno ó dos grados más del que tenían en el francés; se establecerian dos estaciones navales francesas, en el Atlántico y en el Pacífico, mientras estuviese en Méjico el ejército, y emplearía por fin la Francia todos sus esfuerzos para alcanzar que el gabinete de Washington reconociese al imperio.

Estando ya embarcado á mediados de Abril D. Juan Nepomuceno Almonte y próximo á salir del puerto de Veracruz el vapor en que se hallaba, recibió instrucciones del emperador en que le decía, que si Napoleon se negaba á celebrar el tratado secreto, le dijese que retirara de Méjico su ejército. Esta resolucion decisiva de Maximiliano provenia de las nuevas noticias que hasta entonces tenía de la buena marcha que llevaba un arreglo hecho con el emperador de Austria, respecto á reclutamiento de tropas que quisieran marchar al servicio de Méjico. Había en-

cargado en los últimos meses del año de 1865 al ministro mejicano cerca de la córte de Viena, que entablase negociaciones con esta, á fin de obtener la autorizacion de reclutar diez mil hombres de las tropas austriacas que debían licenciarse, segun la reduccion que se tenía proyectado hacer del ejército. El emperador de Austria no tuvo inconveniente en manifestarse dispuesto á obsequiar el deseo de su hermano, y en consecuencia se empezó á activar la organizacion de la division que debía pasar á Méjico. Estas eran las noticias que hasta aquel momento tenía el emperador Maximiliano, y por lo mismo, creyó que se hallaba en posicion de poder decir á Napoleon que retirase sus tropas sinó quería admitir el tratado que le proponía.

1866. Las pocas acciones de guerra que presentaban ya los jefes republicanos y el ser esas generalmente favorables al imperio, le hacia considerar que bastarian las fuerzas reclutadas en Austria, unidas al corto ejército mejicano existente, para dar respetabilidad á su gobierno. El hecho de armas de más consideracion verificado en ese mes de Abril, fué el acaecido en el pueblo de Concordia, perteneciente al estado de Sinaloa, entre las tropas del general republicano D. Ramon Corona y las del imperialista Lozada. Avisado el primero de que Lozada había llegado el día 1.º de Abril á Concordia, se propuso caer sobre su cansada fuerza prontamente y derrotarla. El objeto del general Corona era batir á su contrario antes de que se uniera á una fuerza franco-mejicana que había salido de Mazatlan á expedicionar en combinacion con Lozada. Tomadas las disposiciones, se

movieron las tropas republicanas en número de mil quinientos hombres de las tres armas, hácia la Concordia. A las cinco de la tarde, cuando los imperialistas ménos lo esperaban, se presentaron enfrente de la poblacion, decididas á tomarla por asalto, para lo cual se dividieron en tres columnas, atacando á un mismo tiempo la línea que cubrían las fuerzas imperialistas del general D. Manuel Lozada. El conocimiento que el general republicano don Ramon Corona y los jefes que le obedecían tenían de la localidad, y los informes que oportunamente estuvo recibiendo el primero de parte de aquellas personas que le eran adictas en la misma poblacion, le fueron de suma utilidad para disponer con acierto el asalto á la poblacion. La lucha se empeñó con igual valor por una y otra parte. Los republicanos penetraron en las calles donde se trabó un terrible combate. El general Lozada, dejando á la tropa de infantería dentro de la poblacion, salió con la caballería para reunirse con una seccion de igual arma que estaba fuera y volver con ella al combate. Así lo hizo con efecto, acometiendo con extraordinario brío. Eran las ocho de la noche, y el combate continuaba con denuedo. El

1866. joven general republicano D. José María Gu-
Abril. tierrez, sufriendo la descarga de una columna imperialista que avanzaba y que él juzgó que pertenecía á las tropas de su compañero de armas Rubí, cayo muerto. Poco antes que él había perecido tambien el teniente coronel D. Onofre Campaña y algunos oficiales subalternos. Esto produjo un profundo desaliento en las fuerzas republicanas, y al verse acometidas con mayor vigor en aquel momento, emprendieron la retirada en bastante desorden,

despues de cinco horas de combate. Las pérdidas sufridas por el general D. Ramon Corona fueron bastante numerosas. El general imperialista hace subir el número de muertos que dejaron sobre el campo de batalla los republicanos, á más de doscientos, en el parte que dió de la accion, y supone que el de heridos fué mucho mayor. Yo creo que habrá exageracion en la cifra, aunque desgraciadamente fué bastante alta. Los imperialistas tuvieron cincuenta y tres hombres muertos y sesenta y cuatro heridos.

Afortunadamente para las fuerzas republicanas, el ser de noche impidió que el general Lozada destacase fuerzas en su persecucion en las primeras horas de la retirada; y cuando á las seis de la mañana del inmediato día salió el mismo Lozada en alcance de ellas con cuatrocientos hombres de caballería de los escuadrones Nava, Escalante y Tapia, ya sus contrarios se hallaban á más de tres leguas de distancia, dirigiéndose hácia diversos puntos. El general Lozada, redobló su marcha al tener noticia en el camino de que una fuerza republicana tomó el rumbo de Jacobo. Pronto se encontró con ella. Estaba mandada por el coronel Parra y situada en buenas posiciones. La accion se trabó inmediatamente, retirándose las tropas republicanas despues de haber tenido treinta y dos muertos, bastantes heridos y algunos prisioneros. El general imperialista D. Manuel Lozada, despues de referir en el parte que envió al ministro de la Guerra, las dos acciones de que acabo de hablar y de las noticias que le habían dado los exploradores que había enviado hácia Copala, terminaba con estas palabras: «Por lo expuesto compren-

1866. derá V. E. que todo el grueso de las fuerzas
Abril. enemigas que mandaba Corona, han sido batidas y derrotadas, y que sólo resta saber aprovechar el triunfo, persiguiendo tenazmente á los dispersos para que no se vuelvan á organizar nuevamente.»

Cuando todos esperaban que puestas en combinacion las fuerzas de D. Manuel Lozada y la columna franco-mejicana que había salido de Mazatlan no dejarían un instante de reposo á las tropas republicanas de D. Ramon Corona y que la campaña de Sinaloa terminaría, en consecuencia, en breve tiempo, el expresado general Lozada dirigió un oficio al jefe francés de Mazatlan dándole noticia del triunfo alcanzado el 1.º de Abril en Concordia, y que el día 6 emprendería su marcha de regreso para Tepic. Esta determinacion de volver á su territorio cuando la campaña había empezado para las armas imperialistas de la manera más favorable, la tomó porque le parecía indebido estar á las órdenes de un militar francés de inferior graduacion á la suya, así como por resentimiento de que no hubiera marchado en su auxilio la columna franco-mejicana salida de Mazatlan, que se encontraba en Siqueros, cuando fué atacado por las fuerzas de don Ramon Corona. Sin embargo, para no aparecer como dominado por un orgullo que pudiera ser criticado, dió por única causa de su determinacion, el no haber recibido para su tropa los haberes que se le habían ofrecido, sin los cuales le era preciso volver á su departamento para atender á las necesidades del soldado, en tanto que todo se arreglaba para volver á Sinaloa.

El regreso del general D. Manuel Lozada á Tepic con

sus tropas, fué de graves consecuencias para la causa imperialista y un acontecimiento altamente favorable para las fuerzas republicanas que operaban en Sonora. El general D. Ramon Corona quedó libre para poder organizar las tropas que habían entrado en combate el día 1.º y dar á los diversos jefes que mandaban cuerpos las órdenes convenientes para hacer la campaña.

Los redactores del periódico francés *L'Estafette*, que se publicaba en Méjico, calificaban de lamentable la noticia del regreso de Lozada á Tepic. «El general Lozada,» decían en el expresado periódico, «abandonando el curso de sus operaciones y de sus triunfos ha vuelto á Tepic: se atribuye esta resolucion á que no recibió los haberes que se le habían prometido. Ignoramos lo que pueda haber de fundado en esta explicacion. Como quiera que sea, la vuelta del general á Tepic salva momentáneamente á Corona de una destruccion cierta, tomado como estaba, despues de su derrota de Concordia, entre las tropas victoriosas de Lozada y la columna francesa salida de Mazatlan, sobre la que podrá reconcentrar todos sus esfuerzos, á la que podrá tal vez escapar, retirándose á tal distancia que ella no deberá seguirle. Esta inexplicable reso-

1866. lucion del general Lozada vuelve á poner en
Abril. cuestion una obra que todo parecía anunciar como pudiendo ser terminada en pocos días.»

Como realmente era cierto que no se les había enviado á las tropas de Lozada una parte de sus pagas, no pudo el gobierno exigirle que permaneciera sin los necesarios recursos fuera de su departamento.

Esta falta de puntualidad en el envío de dinero para

las tropas que operaban en las provincias lejanas, empezaba á ser bastante repetida, y aun se quejaban de ella los subordinados soldados de Mejía que guarnecían Matamoros.

Esto demostraba el mal estado que guardaba la hacienda y que nada se había adelantado en su arreglo. Con efecto, que la situacion hacendaria no tenía nada de agradable se ve en un despacho que D. José María Lacunza, encargado de los negocios de hacienda, dirigió al mariscal Bazaine el 28 de Abril. En ella hacía la pintura más triste, pero cierta, del lamentable estado que guardaba el importante ramo hacendario. «Todos los gastos,» decía el expresado despacho, «se han reducido todo lo que es posible, empezando por la lista civil del emperador; S. M. se contenta con la tercera parte de la dotacion asignada, hace cerca de medio siglo, al emperador Iturbide. Se prepara, como V. E. sabe, el nuevo orden que ha de regir en las rentas públicas, y del cual se espera su mayor aumento; se preparan los nuevos impuestos, de los cuales una parte está ya aplicada, como por ejemplo en las aduanas marítimas.

»Pero no es dado al hombre detener ni acelerar la marcha del tiempo que es el elemento de toda clase de bien y de progreso; para que produzcan su efecto los nuevos planes, tengo confianza de que no engañarán nuestras esperanzas, necesitan inevitablemente cierto período para

1866. ponerlos en práctica. Durante este período
Abril. de transicion, es preciso contar con algo; no pueden ser todavía los nuevos recursos, y es menester que sea Francia la que lo suministre. Esta verdad tam-

bien la reconoció y la puso en práctica M. Langlais.

»Cuando ocurrió su muerte, tan sentida de todos, se interrumpieron por un momento los auxilios materiales, y tuvo que sufrir el gobierno la ley de los capitalistas á quienes se dirigió. No ignora V. E. lo que aconteció; negocios ruinosos en todo, como se tiene que hacer bajo la presion de la necesidad, le dieron recursos para ocho días al gobierno, desacreditándole para mucho más tiempo; viéndose obligado á emplear para su pago hasta una parte de las rentas marítimas, con las cuales deben pagarse los empréstitos extranjeros.

»Diré algunas palabras más sobre estos resultados. V. E. comprenderá que el hecho de que una gran parte de los mejicanos ha aceptado la intervencion francesa, de que ha aceptado igualmente el imperio y lo sostiene hoy, á pesar de los principios republicanos, que fueron los de su niñez, establece un poderoso argumento; porque á la idea de intervencion y de imperio, va unida la de la buena fé, del orden, de la fidelidad al gobierno y, por consiguiente, la de la independenciam de la raza latina en el Nuevo-Mundo.

»Así es, á lo ménos, la manera con que se ha comprendido aquí el gran pensamiento del emperador Napoleon... La alternativa para V. E. es, ó bien imponer hoy una carga ligera al tesoro francés para terminar una obra grande y útil en sí misma, emprendida por el emperador Napoleon, ó bien abstenerse de hacerlo y, por consiguiente, imponer á ese mismo tesoro francés gastos y sacrificios mucho mayores.

»No puede abandonarse la empresa: ¿La terminará

V. E. á poca costa, ó dejará V. E. á su gobierno la tarea de terminarla con inmensos sacrificios?

»Este es el punto, señor mariscal, que somete á vuestra presencia su sincero amigo,» etc.

1866. D. José María Lacunza pedía para cada mes
Abril. cinco millones de francos, ó sea un millón de duros. Al efecto se tuvo una junta, presidida por el emperador Maximiliano, á la que asistieron el expresado Lacunza, el mariscal Bazaine, M. Danó y el inspector de hacienda M. de Maintenant. Estos dos últimos agentes franceses se negaban á la petición del señor Lacunza, en virtud de las órdenes que habían recibido; pero el mariscal Bazaine accedió á facilitar la mitad de la cantidad indicada, cuya medida desaprobó su gobierno.

1866. Mientras el presidente del Consejo de ministros D. José María Lacunza, encargado de los negocios de hacienda, buscaba la manera de ponerla en buena vía, el ministro de la Guerra recibía algunas noticias favorables á la campaña. El 4 de Mayo el general republicano García Morales que se había apoderado de la plaza de Hermosillo, en el estado de Sonora, vió aproximarse pocas horas despues á la expresada plaza al general imperialista Lamberg y al coronel Tánori, que iban en auxilio de la guarnición que en ella habían dejado. El jefe republicano organizó sus tropas y salió al encuentro de sus contrarios. El combate se empezó inmediatamente con igual ardor de una y otra parte; pero la fortuna se declaró por los imperialistas, y los republicanos, habiendo sido derrotados, se retiraron á San Marcos, donde sus jefes procuraron organizar sus fuerzas algo desmoralizadas,

reponer las bajas, proveerse de municiones, recomponer el armamento y proporcionarse recursos.

En el mismo mes de Mayo, en la misma provincia de Sonora, con objeto de llamar la atención de los imperialistas, y ver si se lograba sorprender la guarnición de Urés, se movió el general republicano D. Angel Martínez con una fuerza de caballería sobre la expresada plaza; pero aunque logró penetrar en sus calles, la guarnición imperialista ocupando los puntos principales, le obligó á retirarse, haciéndole varios muertos y heridos, siendo uno de estos el capitán D. José Jesús Escalante, que murió pocos días despues.

D. Angel Martínez al fracazar su empresa se retiró, por la noche, á Topahue, á donde llegó á las ocho y media de la mañana siguiente. Con objeto de que los caballos descansasen y los soldados tomasen algun alimento, el general Martínez mandó desensillar los corceles y darles un pienso. Apenas se había ejecutado esta orden, cuando apareció una fuerza imperialista que empezó á tirotarse

1866. con la guerrilla que el jefe republicano tenía
Mayo. de observación sobre el camino de Hermosillo. Los jefes imperialistas que se aproximaban y que se dirigían en auxilio de Urés, eran Lamberg y Tánori. El general Martínez mandó á sus soldados que ensillasen inmediatamente, y conseguido esto, emprendió la retirada, tomando por Subiate á San Marcial, para incorporarse al general García Morales.

Casi al mismo tiempo que se verificaban estos hechos en el estado de Sonora, el general republicano D. Ramon Corona que operaba en el de Sinaloa y había visto alejarse